MONÓLOGOS

La danza del oso.
La chismosa.
Yo no soy yo.

ORIGINALES DE

JOSE PEREZ LOPEZ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

MONOLOGOS

La danza del oso.

La chismosa.

Yo no soy yo.

ORIGINALES DE

JOSE PEREZ LOPEZ

Los dos primeros estrenados por la genial artista **Adela Margot** en el Salon Eldorado de Valencia, el 19 de Marzo de 1916 y por la notable primera actriz **Emilia de Urcola** en el Salón Regio de Madrid, el 11 de Abril de 1917 y el último por el saladísimo humorista **Pepe Medina**.

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

NOTA

En atención a las escasas dimensiones de estos monólogos cada dos de los mismos sólo pagarán los derechos correspondientes a uno, siempre que se representen en la misma función o velada y aunque sean interpretados por diferentes artistas.

LA DANZA DEL OSO

Decoración de calle. Personaje, una actriz. Traje, el corriente en las muchachas del pueblo de Madrid, con mantón

(Dentro, gritando.) ¡Chulo! ¡Ventajista! ¡Colillero! ¡¡*Spormant!!* ¡Ay, ay, ay!... (Sale a escena huyendo de los mamporrazos que se supone le atizaba dentro un flamenco de los de postín) ¡Mi madre, qué tío! (Desde el lateral por donde salió a escena.) ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Ven aquí, si te atreves! (Da una carrerita, como si el socio en cuestión hiciera intención de seguirla.) ¡Rechuleta! ¡Y viene! Ya lo creo que viene si se lo digo otra vez. Y me atiza otra *coleción* de *gerive-ques* que me deja el físico *surrallao*. ¿Y tó por qué? Pues por lo siguiente, ¡una *infimidaz!:*

Ese charrán y yo hemos vivido conglomeraos hasta hace custión de veintitrés días. Nos conocimos el mes pasao. Yo estaba en un bazar de esos que son un momio pa la reputación de la mujer, ahí donde lo dan todo a 65...

Entró el Higinio un día más fachendoso que un kilo de uvas y me dijo, dice:

—¿Tié usté sonajeros, joven?

—Sí, señor—le contesté yo, deseando agradar—; aquí hay de tó lo que s'ofrezca pa el esparcimiento individual de las creaturas.

—¡Ah! ¿Sí? Pues deme usté un ama de cría.

—Es usté mu ansioso.

—Y usté mu gitanaza.

—Quizás.

—¡Puede!...

En total, que no se llevó ni un 65; pero que él y yo *quedemos* citaos pa el domingo siguiente en «Los Cipreses» de la Bombilla. Allí nos *tambaleemos* hasta el hartazgo. Después me dijo que yo le gustaba a él por el entrecejo. Yo le dije que él me gustaba a mí por la entrevista... Y *entremos* en detalles. Nos convenimos y al hogar feliz. Pero a los ocho días... ¡el caos! A estas horas no somos protagonistas de un folletín por entregas, de milagro. ¡Ay, la verde albahaca verbenera, la que se armó!

Figúrense ustés que era una noche oscura. Al Higinio se le ocurrió llevarme al cine. El manús tenía ganas de que viésemos juntos una película mu sensacional nominada *La sartén por el mango o los dieciocho pobrecitos hijos huérfanos de padre.*

Yo en el cine soy mujer al agua. Me ensimismo con la película y no me distrae ni el sexteto. A mí deme usté películas de largo metraje y que toquen lo que quieran: soy de cauchú.

Yo no sé si ustés habrán visto *La sartén por el mango.* El suicidio del Salpicao en la quincuagésima parte es capaz de erizarle el pelo a un manguito. ¿Pues y la desfachatez del Felonías? ¡Vamos! Esa produce unos escalofríos que hacen estortudar. ¿Que no? Verá usté. Está el Felonías rizándose el bigote a lo Kaiser, cuando se le aparece la Humberta, que es una mujer estilo sudorífico. De aquí, (Accionando morbideces.) de aquí... ¡de tó! El Felonías empieza a tomarla el pelo. —¡Déjame!— ¡Ja, ja!— ¡Miserable!— ¡Vagabunda!—¡Ah!—¡Oh!...

En esto sale el Salpicao. Es hijo de la Humberta y de un marido de la Humberta, que no es el Felonías. Trae en la mano un específico que su mamá gasta pa teñirse el pelo de rubio y que sirve también pa el humor herpético. El muchacho se avergüenza de ver al Felonías en camiseta sin mangas delante de su madre. Entonces lo comprende todo, y exclama: «Aquí hay gato encerrado, hay ultraje al honor... ¡ay, mi ma-

dre!» Y con las mismas se bebe el específico y la diña.

Los amantes cogen una sartén pa freirle los hígados. Pero un gallo que les regaló una vecina, una tiple, lanza un kikirikí y acude un sereno apellidado Gallina. Gallina entra sereno en la estancia. La Humberta dice al Felonías:

—¡Estamos perdidos! ¡Ya supo la tiple lo que se hacía cuando nos dió el gallo!

Y con las mismas todo se descubre.

Bueno; pues estábamos en esto, o sea en el kilómetro quinto de *Los dieciocho pobrecitos hijos huérfanos de padre*, cuando ¡zás! se rompe la cinta. Se da luz a la sala y me veo al Higinio... ¡su padre!... atarazao a la vecina de la izquierda. ¡Pero cómo! Fundidos en estrecho abrazo. La que se armó fué de pronóstico. Yo di el primer escándalo. Y el Higinio me dió la primer bofetá. Hubo juicio: el que yo perdí. Hubo costas: las que yo pagué. Y al Higinio le puse al fresco porque era demasiao desahogo el suyo. ¡Misté que atarazar así a una contertulia!... ¡Qué bárbaro!

Y misté por dónde se me ocurre entrar hoy en este baile público y me lo encuentro. Na más verme, se viene pa mí y me dice mu fanfarrón:

—¿Bailamos, morena?

—Higinio—le digo yo—no te incongruentes y ahueca.

—¿Que si bailamos?—repite.

—Higinio, que tu *conduzta* tié más lodo que las botas de un peón caminero.

Bueno, oir lo de peón y empezar a dar vueltas tó fué uno. De pronto se detiene y me interroga nuevamente:

—¿Pué ser, pollita?

A mí lo de «pollita» me sentó como un tiro con *vuldoque*; pero como la cosa se iba poniendo turbia, me abrí de brazos y le dije *despetivamente*:

—Agárrate, Higinio.

Tocaban un *chótis*. Yo empiezo a detallar en castizo. (Marca el baile bien.) El empieza a detallar el oso. (Baila el oso.) De pronto me paro y le digo:

—Higinio, que el *chótis* no es un adoquinao que *nesecite* apisonarse.

¡Pa qué más! ¡La demencia! Si le nombro el *ojeto* más sagrao de su familia, que creo que es una prima carnal de su patrona, se *falacia*. Pero con lo que le dije, el cisco que se armó fué pa un brasero con tufo. En seguida se olvidó de los ratos humorísticos pa desfallecer de entusiasmo que pasó a mi lao y comenzó a golpearme talmente que si fuera una alfombra al final del *ivierno*.

¿Y va a quedarse esto así? Vamos, ¡que no! Ese tío me las liquida a mí como me llamo Ruperta Cuasimodo y Carriquirri. ¡Pues no faltaba más! A mí me habrá tocao ese los sonajeros en el 65; pero la epidermis... la epidermis se la toca al caballo de don Espartero, que está blindao. ¡Por estas!... ¡Higinio, l'has diñao! ¡Prepárate, charrán! ¡Hoy se te acaba la serie! ¡Te lo juro por la memoria de *Los dieciocho pobrecitos hijos huérfanos de padre!* (Mutis por donde salió, decidida a que la gresca sea en gordo, mientras cae el telón.)

FIN DE «LA DANZA DEL OSO»



LA CHISMOSA

Decoración: cualquiera. Personaje, una actriz. Traje, el corriente de calle

—

(Después de levantado el telón sale la actriz a escena santiguándose. Su aspecto es de fingida bondad y gran mansedumbre.) ¡Alabado sea Dios! Vamos, que esto no le pasa más que a una servidora. ¿Qué digo servidora? A una infeliz como yo, más sumisa que el esenciero de una *divette*. ¡En el dulcísimo nombre del merengue de fresa! No he visto cosa igual desde que mi señora madre, que santa gloria haya, tuvo la necesidad fisiológica de exponerme al contacto público. Las he visto desgraciadas pero como yo... ¡calomelanos!

Figúrense ustedes que una servidora estaba para debutar de un momento a otro en este coliseo como danzarina hebrea. No es de extrañar, por lo tanto, que tuviera aquí ciertas amistades, que frecuentara ciertos *camerinos* y que tratara con *cierto interés* a mis futuros empresarios, a fin de asegurarme el contrato. Creo que es lo más natural, ¿no? Pues ¡sí, sí! ¡Ya, ya! ¡Ja, ja! ¡Narices! Acabo de ser expulsada con más violencia que un mortero, sin más explicaciones que las del director artístico, que al ponerme de patitas en el *foyer* me ha dicho:

—Usté se va de aquí, pero que ahora mismo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Por chismosa!

¡Ave María de Gracia! ¿Yo chismosa?

¿Chismosa una servidora?... Mi conducta no puede ser más *crisólida.* ¿En qué he podido molestar a nadie? ¿He ofendido acaso a la señora Eufemia, *la biliosa*, la madre de la bella *Pepinillo*, con decir que vendía pelotas de fraile en el paseo de Tragineros antes que su hija debutara en el *Agitación-Palace* de las Rozas? ¿No es verdad que las vendía? ¡Pues entonces!... ¡A ver si hay quien me niegue a mí lo de las pelotas de la señora Eufemia!

¿Querían que dejase yo sin un breve comentario la conducta de la tía carnal de la escultural *Remolino?* ¡Ja, ja!... La he visto yo, ¡yo!--claro que sin querer verla—. La he visto yo a la muy... tía carnal salir del cuarto cuando entraba el jefe de la *cla.* ¿Que a qué entraba?... Figúrense ustedes, a preguntar a la niña en qué parte de la danza mahometana quería las palmas tibias y en qué sitio de los movimientos voluptuosos le hacía falta un ¡bravo!

Pues no digo nada de la ideal *Granito de Pimienta.* ¡Menuda prójima! Hace tiempo venía yo observando que a todas horas la acompañaba un caballero de cara de celuloide. ¡Valiente muñeco! Ella le llamaba mi marido. ¡Allá ella! A mí... ¡cerato! Tanto, que ayer le vi. Iba de paseo con una señora, ¡pobrecilla!, y cuatro niños, ¡pobrecillos! Como no me importaba, me acerqué y le dije: Caballero, usted perdone: no es ni curiosidad siquiera, pero ¿usted no es el marido de la ideal *Granito de Pimienta?* El lo negó, pero la señora, que debía estar *mosqueada*, y hasta debía saber que el corazón de su esposo era casi todo de *Granito*, comenzó a clavarle las uñas en el rostro con una violencia vertiginosa. Esto fué ayer a las cuatro de la tarde. Bueno, pues todavía le deben estar poniendo tafetán en la Casa de Socorro al buen señor. ¿Pero tengo yo la culpa? ¡Qué disparate! Si llego a saber que aquella señora era su señora, no me acerco yo a preguntarle lo de la *Pimienta* aunque hubiese picado en historia.

¡Pues miren ustedes la parejita de bailes de salón Catalina-Reverenciano!... ¡Vaya

parejita! Ella ya bailaba de salón en Provisiones hace mucho tiempo. Y que iba de etiqueta: zapatillas de orillo y delantal de cocina. Allí conoció al Reverenciano, un *amateur* del organillo. Ya ve usted, y ahora se denominan los *The Parcheux*. ¡Camelancias! Antes del *The*, el Reverenciano hacía equilibrios en el alero de un tejado por un tupi con rosca. En cambio hoy, se dan un postín que desvanece. ¿Qué de dónde salen las misas? Averígüenlo ustedes. A mí no me gusta meterme en lo que no me importa. Por eso no podrá decir nadie que me ha oído una ni palabra de esto... ¡Nadie!...

Bueno, tanto como nadie... Yo se lo he contado en secreto al tramoyista, que es más reservado que un cerrojo. Al jefe de la maquinaria que, vamos, para que no le dé nada en la nariz el hombre ha tenido la precaución de nacer chato. Al que pega los carteles, que de infeliz que es se le coagula el engrudo. A los de la *cla*, que no he debutado todavía y ya me están pidiendo postales ligerita de ropa. Y al acomodador de butacas... a ese, que es sordo y hay que hablarle a gritos. Bueno, y a ustedes, que maldito lo que les importa todo esto. Les pasa a ustedes lo que a mí, que soy enemiga de enterarme de lo que no me importa. No me gusta, no me gusta meterme en líos... (A un espectador.) ¿Qué? ¿Lo duda usted? ¿Acaso también piensa usted que yo soy una chismosa? Señor, si lo fuese ya estaría diciendo que hace usted cocos a una vecinita rubia, amiga de su mujer. (A otro espectador.) Y de usted que le ha regalado un corsé faja a la criada de su casa que está la pobre con... hiperclorhidria... (A otro del público.) Y de usted, que me ha dicho... ¡me lo ha dicho usted, sí, señor!... que está por mí con gas en cada piso. ¡Vaya una de fugas que habrá!, ¿eh?

¿Es esto ser chismosa?... ¿Verdad que no? (Suena dentro un timbre.)

¡Voy, hombre, voy!... Es *el Contraforo* que me dice que ahueque porque me va a echar el trapo. Aquí, al que no manda le despiden. ¡Ya ven ustedes: *el Contraforo* dando órdenes!... Hombre, si no fuera porque soy

incapaz de meterme en vidas ajenas, les diría que el *Contraforo* es... (Cae rápido el telón. La artista sale por un lado, acercándose a la batería.) Ustedes perdonen. La gente de esta casa se fallece por cortarme el hilo. De *el Contraforo* iba a decir que es muy simpático. Pero, nada, es inútil hablar. Todo cuanto digo les parece pateable... ¡Quiera Dios que a ustedes no les ocurra lo mismo y encuentren mi charla digna de un aplauso bondadoso! (Mutis.)

FIN DE «LA CHISMOSA»



YO NO SOY YO

Decoración, cualquiera. Personaje, un actor.

—

Respetable público: Están ustedes en un error; completamente equivocados. ¿Quién duda que en este momento están ustedes pensando que yo soy yo? ¿No es cierto? Pues no hay tal cosa? Yo no soy yo. Se lo demostraré a ustedes Ya sé yo que esta conferencia *psicológica* hubieran querido pillarla Sienkiewiez, Mirbeau, Ruskin, Kropotkin y Tolstoy. Pero se me ha ocurrido a mí. ¿Qué le vamos a hacer? Lo siento por los sabios.

Y empiezo.

El poder de la voluntad no es siempre la voluntad del poder... ¡Bravo! Este principio en forma zig zag siempre resulta florido para comenzar un discurso. Pero lo que le sobra de florido le falta de claro. Vamos a *clarearlo* un poco.

La voluntad no siempre acompaña a nuestros actos. Algunas veces, por imperiosa necesidad de la vida, nos vemos obligados a hacer cosas contrarias a nuestra voluntad. Un ejemplo: pagar al casero. Otro ejemplo: hablar bien de la suegra. Otro ejemplo más gráfico aún: prestar dos duros a un amigo. No hay voluntad posible que nos acompañe en estos casos.

De todas estas deserciones de la voluntad, provienen las frases que todos hemos oído muchas veces y que alguna vez hemos dicho: «Yo no estoy donde estoy»; «yo no voy

a donde voy»; «yo no hago lo que estoy haciendo...»

Prueba de ello es lo siguiente: al salir de casa me he detenido en el portal un instante para saludar a mi portero. Estaba pespuntando unos lindísimos zapatos de señora, más menuditos que dos granos de alpiste.

—*Entente cordiale,* Feliciano —le dije.

Y Feliciano, que de puro internacional es lerouxista, sin levantar la cabeza ni interrumpir el pespuntado, repuso:

—Dispense usted, señorito, que no le conteste porque no estoy aquí.

—¡Caray! ¿Pues dónde está usted?

—Probándole estos zapatos a su dueña, que es una mujer de órdago a todo.

—¿La conoce usted?

—¡Ca! No, señor. Pero a juzgar por *los pinreles* me la imagino de aupa, de buten y de una suculencia mareante.

Bueno, a todo esto, la portera, su mujer, estaba escuchándole. Y no quieran ustedes saber: la bilis más amarga se dibujaba en su mustio semblante. Llegó un momento en que la temblaba hasta el palo de la escoba que tenía en la mano. A mí, un sudor se me iba y otro se me tornaba. Y mientras tanto, el zapatero, indiferente a todo, proseguía su narración con el mayor entusiasmo.

—Verá usted, señorito, el plan que tengo acordao. En cuanto acabe la prueba la pienso invitar a un vermú con anchoas en la Cuesta de las Perdices. Como ella accederá, la llevaré en auto. ¡Excuso decirle a usté lo que vamos a derrochar en gasolina! La juerga va a ser de las de alivio de luto... Pero no le diga usted nada a mi parienta, que la pobre, mientras yo estoy en la Cuesta de las Perdices, ella va a estar en la higuera.

En este momento el palo de la escoba cayó sobre los nudillos del zapatero. *La parienta* dió el golpe. El portero, que en la región de la fantasía todo lo veía de color de rosa, vió las estrellas. El auto en que iba su imaginación bullanguera sufrió una avería por efecto del palo, y al volver en sí el hombre, no estaba con la de los *pinreles;* ¡estaba con la de la escoba!

Bueno, pues en este mismo caso psicológico de ser y no ser me encuentro yo ahora. Sí señor, y puede que parezca cuento.

Yo estoy en este instante en la calle de los Desamparados, núm. 63, piso segundo, izquierda. Voy ofreciéndole mis respetos a una señora que me ha escrito una carta que acabo de recibir. La carta dice al pie de la letra:

(Leyendo.) «Caballero, le amo a usted.»

El principio no puede ser más sustancioso. Es un principio para una indigestión.

«Venga a verme hoy sin falta.»

Así, imperativamente. O somos ordenancistas o no lo somos.»

«No le importe a usted mi marido.»

(Con ironía.) ¡Quiá! ¡Precisamente los maridos es lo que menos importa en estos casos!

«Ya me ha cogido cuatro retratos de usted recortados en los periódicos y me los ha hecho añicos.»

¡Hay que ver para lo que sirven los retratos de los artistas!

«Está muy escamado; sospecha...»

¡Hace mal! ¡Miren ustedes que *sospechar* después de la indirecta de los cuatro retratitos!

«Suya hasta la Sacramental de San Justo, donde tengo nicho, *H.*»

Que allí nos espere muchos años.

Bueno; pues el caso es que acabo de llegar a la morada antedicha. Me ha recibido una señora algo neurasténica, pero no mal parecida. Su carácter es un tanto exaltado; su aspecto otro tanto simpático. ¡Son dos tantos! Confiesa ser admiradora mía: ¡Puede que lo sea!... Siente por mí un amor platónico fortísimo. ¡Infeliz! Cree pasará a la historia como inspiradora de mi arte. Yo creo pasaré a la Casa de Socorro si llega el marido; hay que ponerse en todo. Y como medida prudente resuelvo despedirme de la dama en cuestión.

—A los pies de usted, señora.

—Adiós, gallardo mancebo. Los sutiles latidos de mi corazón no dejarán de ser suyos en la vida; suya seré mientras aquí

haya algo que lata. ¡Fíjese que he dicho que lata!

—Yo también lo digo, señora: ¡qué lata!

Apretón de manos, y a la escalera.

Ya estoy en el portal. Ya voy a salir a la calle... ¡Catapún! ¡El marido! Me reconoce por los retratos y me echa mano a la garganta. ¡Ah! Me agita. ¡Eh! Me deja afónico. ¡Oh!... Grito... Saca él un arma... Saco yo otra arma... ¡Se arma la gorda!... ¡Ah!... ¡Oh!... Escena final. Vecinos, vecinas, guardias, transeuntes... Dos bofetadas y un cabo de Seguridad. Coro general y comparsería. Atrezzo roto. Muebles, los de la portera, desvencijados. Sastrería, la de enfrente, repartiendo prospectos. ¡El caos! Yo, herido. El otro, a la cárcel. La fosa. El juicio. La cadena... ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Eh!... Todo concluído por un amor platónico. Y todo sucedido en estos precisos instantes...

¿Está suficientemente demostrado que yo no soy yo? ¿Sí? Muchas gracias.

(Telón.

F N DE «YO NO SOY YO»

Obras de José Pérez López

La despedida de un quinto, monólogo en prosa.
El repatriado monólogo en prosa
Negocio redondo, juguete en un acto y en verso. (Agotada.)
El doctor maravilloso, comedia lírica en un acto y dos cuadros, refundición de la obra de Moratín *El médico á palos*, música de Foglietti y Quislant.
Rosiña, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de Julio Cristóbal.
La ruada, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de Pedro Badía. (Segunda edición.)
Vida bohemia, humorada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de José Fonrat.
La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original, música de los maestros Quislant y Badía. (Tercera edición.)
Los mil francos, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, en prosa, inspirada en un cuento francés, música de los maestros Brú y Vela.
El reino de los frescos, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros y una apoteosis, en prosa y verso, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.
El rata primero, película policiaca madrileña en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.
Ideal-festín, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música del maestro Francisco Alonso y de Enrique García Álvarez.
El Sultán de là Persia, sainete madrileño en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música de los maestros Francisco Alonso y Vicente Quirós.
La monja boba, melodrama en dos actos, original y en prosa.
El último suspiro, juguete cómico en un acto, original y en prosa.
El tío de las caídas, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Francisco Alonso.
La línea de Cáceres, juguete cómico en dos actos, original y en prosa.
Los angelitos, boceto de sainete en medio acto y en prosa, original.
La buena madre, episodio militar en tres actos, en prosa, original.
La danza del oro, La chismosa y Yo no soy yo, monólogos en prosa.
Ministerio de estrellas, revista fantástica en un acto, dividido en un prólogo, tres cuadros y un intermedio, música de los maestros Quislant y Badía.

Precio: UNA peseta